

## CIENTIFICOS Y COMUNICADORES

En los inicios de la revolución científica, durante los siglos XVI y XVII, la investigación podía ser realizada por personas relativamente aisladas, dotadas de escasos recursos materiales. Esa actividad era independiente del medio en el cual se desenvolvían. Existía una evidente conducta individualista. Hoy, los hombres de ciencia se integran en equipos y su trabajo, en la mayoría de los casos, obedece a programas sistemáticos e interdisciplinarios.

En el pasado, la antropología y la sociología distinguían tres tipos de hombres. El homo faber, el que hace las cosas; el homo sapiens, quien razona y el homo loquens, quien se comunica. El homo sapiens es el hombre de ciencias. El homo faber simboliza al tecnólogo. Y el homo loquens representa al comunicador.

A través del tiempo, para que la educación, la ciencia y la tecnología pudiesen participar activamente en la tarea transformadora de la sociedad y sus logros, procurando el bienestar y el ascenso cultural de la población, fue necesario propiciar la creación de una infraestructura comunicadora. Y, con ella, una dinámica en permanente evolución.

Pero, ¿qué significa comunicar? Ante todo, informar, revelar, anunciar. La comunicación más sencilla se concreta a través de la conversación entre dos personas, en un ámbito restringido, que facilita el intercambio y la recíproca búsqueda de la comprensión del uno con el otro y la inmediata respuesta o devolución.

En la comunicación social intervienen instrumentos, técnicas y vehículos que condicionan y canalizan el mensaje y la realimentación; la respuesta a ese estímulo. En general, alcanza un universo no homogéneo, provoca un efecto simultáneo y registra gran penetración e impacto, aunque no siempre de modo perdurable.

Habitualmente, los contenidos se difunden a través de recursos tecnológicos de alta complejidad, propensos a la manipulación y son acondicionados para acceder a públicos numerosos, heterogéneos y dispersos. En este proceso, paradójicamente, en un sentido estricto, se despersonalizan.

El progreso constante de la ciencia y de la técnica aplicadas a la comunicación facilita la “accesibilidad” del público. En cualquier punto del planeta es posible saber, en el mismo instante, qué sucede en las antípodas. Y también existe la alternativa de recorrer, en tiempo real, el camino inverso y responder o conectarse con el emisor y establecer un intercambio, circunstancial o permanente.

La clave reside en quién ejerce el dominio sobre los contenidos y su emisión, incluso el manejo de la oportunidad para ponerlo en conocimiento del público. En el proceso de comunicación, ayer, hoy y seguramente mañana, no sólo vale lo que se dice, sino lo que los demás entienden. Pero resulta esencial establecer quién, cómo y cuándo lo dice. Y por qué y para qué lo dice.

Las personas vinculadas con la ciencia afrontan el desafío cotidiano de trabajar para la sociedad perfeccionándose en sus objetivos específicos y convirtiéndose, también, en fuente de saber e información para los demás. Es una doble responsabilidad. Y la tarea de divulgación cada vez resulta más demandada y necesitada. En particular, esta es una exigencia adicional para aquellos que logran descubrimientos de envergadura, resultados o innovaciones relevantes.

Por consiguiente, el científico, el investigador, el técnico deben manejar los recursos necesarios y disponibles para facilitar la divulgación del conocimiento, y utilizar adecuadamente las herramientas idóneas para que el público acceda a esa información, la comprenda y finalmente se beneficie.

Existe una serie de técnicas para cumplir el objetivo. Tanto para la transmisión directa a grupos, como a través de los medios de comunicación (diarios, revistas, radio, televisión, etc.), el diálogo con el periodismo o la exposición lisa y llana, mediante artículos, notas, entrevistas, etc.

Históricamente, se ha sostenido, sobre todo en los ámbitos académicos y en la intimidad de laboratorios y centros de excelencia, que “la ciencia auténtica trabaja en silencio”. Muchas

veces, también se ha comprobado que no pocas eminencias se encerraban adrede en castillos de cristal impenetrables y, para dar a luz sus logros, sólo accedían a publicaciones de circulación restringida, orientadas a colegas de la comunidad científica.

La pregunta es por qué y para quién estudia, investiga, trabaja y se perfecciona el hombre o la mujer de ciencia. La respuesta parece obvia: para la gente, para la humanidad, para el bien común. Por consiguiente, el sabio, el científico, el investigador jamás completará su obra si no la comparte con el prójimo. Y el único camino es decírselo, con el lenguaje, el modo y la forma que él entiende. Urge incorporar la comunicación en la formación de investigadores, científicos y técnicos. Resulta imprescindible. Porque la buena información es un derecho humano básico. Porque, en definitiva, ¿para qué sirven la mejor ciencia, la más alta investigación, los máximos logros tecnológicos, si no contribuyen a la promoción de una vida más digna para el mayor número de personas?

Antonio Monteagudo  
monteagudoantonio@gmail.com